

El informe que hubo de redactar a su regreso constituye el núcleo esencial de su obra *Organización para el desarrollo económico*.

Su estudio, rico en erudición de toda índole, diríase marginal a las condiciones chilenas. Sin embargo, no es así.

Los fenómenos económicos, por alejados que parezcan, tienen siempre una vinculación con otras latitudes. Para ello, basta con poner en juego la ley de los contrastes. Esto hace el profesor Escobar cuando se refiere al problema de la educación. En este caso, su modelo es Suecia. Las conclusiones son poco alentadoras para nuestro país.

Y lo mismo ocurre al estudiar el proceso de racionalización de la Administración Pública. Aquí, las acotaciones del profesor de Economía revelan al estudioso de los problemas esenciales.

Un economista consciente de su labor necesita tener el cerebro y el espíritu cuajados de ideas propias, no para urdir utopías, sino para delinear sistemas de mejoramiento social. He ahí una piedra de toque, en cuyos filos se desmoronan muchos libros. Luis Escobar Cerda expone esas ideas en el capítulo dedicado a estudiar la planificación regional de Chile.

Su espíritu crítico, no exento de lógicas y plausibles armonías, se proyecta en el estudio de la dirección de Corporaciones. Muy equilibrado es su "paréntesis sobre Chile".

Desfilan por estas páginas la política, la educación, el comercio exterior, el tema de los salarios, los presupuestos económicos y los programas de largo plazo.

El libro, salpicado de comentarios, necesita ser leído y comentado por los economistas de América Latina. De esa lectura meditada surgirán los puntos de aquiescencia, los inevitables desacuerdos. Y esto habrá de ser así porque un libro de Economía contiene, cifrada, la angustia y la esperanza de los pueblos, ricos o subdesarrollados.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At394-134HIVM10134>

*Hambre de infancia*, de MANUEL MIRANDA SALLORENZO.

Ediciones Mazorca. Santiago, 1961

Este libro obtuvo el tercer premio en el Concurso Gabriela Mistral.

Son siete los cuentos de inspiración realista, de inteligente y limpia trabazón gramatical, sus párrafos, pulidos, redondeados. La primera narración inserta, "La palabra en la arena", recoge la ilusión y desencanto de un profesor, cuyos afanes son barridos por la realidad. Así como las aguas lamen la superficie de las playas, para escribir y borrar signos de esperanza, los zarpazos de la vida aventan el castillo de humanas ilusiones. La terminación de este cuento, sin el chispazo de una sorpresa, es lógico, se adivina con facilidad. Vale, sin embargo, la fina gradación de las secuencias psicológicas.

Los aportes ornamentales son directos: "El áspero guano se entrega esquivo en la voltereta de su olor áspero". "En el muelle sin vida, las olas azotan con destreza de negreros". "Atrás, una crianza anémica de casuchas eleva el rito azul del humo claro".

*Hambre de infancia*, que sirve para rotular el volumen, se inicia con estas palabras: "La tarde caía blanca y brillante, enceguecedora, sobre los delantales de las muchachas. El sol pintaba de luz todo el patio, una luz intensa, casi rojiza, quemante. Racimos de niñas cruzaban velozmente el patio, reían, saltaban, rodaban por el suelo".

Después el hambre de una niña. Una manzana que despierta su voracidad: "Sentía la boca seca. Imaginaba el crujido que haría la fruta cuando le enterrara los dientes".

Y el fruto que desaparece: "Señorita, señorita, me robaron la manzana". Su delgado cuerpo se trizó en sollozos.

Manuel Miranda Sallorenzo ha potenciado un hecho vulgar, frecuente. Las realidades le salen al paso, para que las ausculte, para que las vista en la trama de sus palabras. Claridad y exactitud danzan en sus páginas. A veces, diríase que se esfuerza para no internarse en las zonas del lirismo.

Conocida es la estética de José Martí: "Mi verso es como un puñal, que por el puño echa flor". Los escritores realistas aventaron esa posibilidad floral.

El tema de "La mujer está muy sola" se desarrolla en un pueblo mísero, estéril, ocre, sin vegetación. Allí, una mujer discurre por las interiores moradas de su soledad. Atiende la pequeña casa, piensa en su marido. "Cuando la monotonía y la desesperación achaparran al pueblo, se atreve a soñar con su hijo".

El cuento ha sido distribuido en dos planos. Monólogos, soliloquios, breves y directos esquemas de conversación. Deseos de riqueza, miseria voluntaria, erotismo y un conformarse con el estado de la mujer yerma: "Mientras freía un huevo para su marido, Marta se sorprendió soñando con un niño. Su boca sonreía, mientras guardaba cuidadosamente el aceite en que había frito el huevo. Valía muy caro el aceite".

La más novelesca de sus historias está centrada en la figura de "Don José", hombre llegado al norte desde los reductos sureños, un mariscador de ojos perspicaces, que miraba al mar como si se tratase de su propio huerto. "Tenía la cabellera gris, el rostro distinguido y los ojos profundos".

Hay en estas páginas una sucesión de imágenes sensuales. Pero el escritor, a pesar de su técnica realista, se detiene en la zona de las alusiones.

Cuando el mariscador ha contado sus aventuras, su silueta se borra, se pierde en lontananza, como un factor decorativo de las playas y de sus dunas volanderas.

El título de esta colección de cuentos, "Los lindes del amargo", es significativo, revela una posición psicológica del autor. Ahí tenemos a una serie de personajes y de ambientes cazados y descritos en forma directa.

En sus mejores relatos, en los que pudiera decirse bien logrados, se da una síntesis de sociología e intimismo. La estructura colectiva y el retrato individual unen sus raíces, sólidas o débiles, en zonas de penumbra, para decir que la vida es áspera, desesperanzada.

V. M.